

mi anima da pena queriendo de mí partirse é a mi cuerpo queriendo despedirse della, esto es que mis ojos no ayan podido ver a mi señora antes de mi fin, para que dende aqui començara a sentir la gloria que allá espero, pues que acá siempre me fallecio. Verdad es que siempre esperé en la muerte el descanso que en la vida no ha-

llaua. E no alargo mas porque mi viuir se acorta, que a esta é a mi vida a vna dió cabo, encomendandote a Dios a quien mi alma encomiendo. Hecha en Ferrara a XVII de Abril. Año 1512.

El que en la muerte mas que tú ha sido venturoso, tu verdadero amigo, Flamiano. Deo gratias.

F I N

CRISTOBAL DE VILLALON

DIALOGO

QUE TRATA DE LAS TRASFORMACIONES DE PITÁGORAS,
EN QUE SE ENTRUDUCE UN ZAPATERO LLAMADO MICILLO E UN GALLO
EN QUYA FIGURA ANDA PITÁGORAS.

OBRA INÉDITA

CAPITULO PRIMERO

Como el gallo despertó a su amo Micillo é los consejos que le da.

MICILLO.—GALLO.

MICILLO.—¡ Oh maldito gallo! que con esta tu boz ynvidiosa tan aguda Jupiter te destruya, porque con tus bozes penetrables me has despertado del sueño más apazible que hombre nunca tubo, porque yo gozaba de muy conplida bienabenturança, sonnando que poseya muy grandes riqueças ¡y que ni en la noche no me sea posible huyr de la pobreça, clamandome tú con tu canto enojoso, pues segun yo conjeturo aun no es la media noche, agora por el gran silencio, ora por el gran rygor del frio que avn no me hace cosquillas como suele hacerme quando quiere amanescer, lo qual me es muy cyerto pronostico de la mañana; mas este desventurado velador desde que se puso el sol bozea como si guardase el bellocyno dorado; yo te prometo que no te bayas sin castigo porque con vn palo te quebrantaré esa tu cabeça si amanesciere tan presto, porque agora mayor serbycio me arias si callases en esta tan esqura noche.

GALLO.—Mi señor amo Mi[ci]llo, en verdad que pensaba yo que te azia muy agladable serbizyo si te manifestase la mañana

con mi canto, porque levantandote antes del dia pudieses azer gran parte de tu labor. Si antes quel sol saliese hubieses cosidos vnos çapatos, trabajo más provechoso sería para ti comer, y si más te aplaze el dormir yo te contentaré callando y me haré más mudo que los peces de la mar; mas mira bien que aunque durmiendo te parescaç rico no seas pobre quando despiertes.

MICILLO. — ¡ Oh Jupiter! destruydor de malos agujeros; ¡ oh Hercules! apartador de todo mal, ¿ qué cosa es esta, quel tiene vmana boz?

GALLO. — ¿ Y encantamiento te paresce, Micillo, si yo asi hablo como vosotros ablays?

MICILLO. — ¿ Pues quién más verdadero encantamiento? ¡ oh Dios soberano! apartad tan gran mal de mi!

GALLO.—Por cierto tú me paresces muy sin letras ¡ oh Micillo! pues que no as leydo los versos de Omero, en los quales quenta que Xanto caballo de Archilles, despues de aver relinchado en medio de la batalla, començo a cantar en alta boz rezando por orden los versos é no como yo que ablo en prosa; mas él profetizaba y dezia grandes oraquulos de las cosas que estaban por venir, mas a ninguno pareszio que azia cosa mysteryosa ni prodigiosa, ni alguno de los que le oyan le juzgaban por cosa mala ni dannosa, como tú agora azes llamando a Dios, pues no es maravylla que yo able boz

de hombre siendo tan allegado de Merencio (1), el más parlero y eloquente orador entre todos los dioses y más siendo yo vuestro continuo conpannero, que lo puedo bien aprender; y si me quieres olgaré mucho de te dezir la causa mas principal de donde yo tenga lengua y boz como vosotros y tenga esta faultad de ablar.

MICILLO.—Oyrete, Gallo, con tal condicyon que no sea suenno lo que me contares, mas que me digas la muy berdadera ocasion que te mobio a ablar como onbre.

CAPITULO II

Como el Gallo da a entender a su amo Micillo quel es Pitagoras y como fue transformado en gallo y Micillo dize vna fabula de quien fue el gallo.

Pues oyeme, Micillo, que tú oyras de mi vn quento muy nuevo é incleyble; que te ago saber queste que agora te parezco gallo no á mucho tiempo que fue onbre.

MICILLO.—En verdad yo he oydo ser esto ansi quel gallo fue vn paje muy privado del dios Mares que sienpre le aconpannó en los plazerres y deleytes é que vna noche le llevó consigo quando yba a dormir con Venus, y que porque tenia gran temor del sol y que no los viese y lo parlase a Vulcano, dexóle en su guarda, requeriendole que no se durmiese porque si el sol salia y los bia que lo parlara a Vulcano, y dizen que tú te dormiste y el sol salio y que como los vido fuelo a dezir a su marido de Venus, y asi Vulcano con gran enojo vino y prendiolos en vna rez que fabrycó y presos llevolos ante los dioses, y que Mares con el gran enojo que hubo te bolbió en gallo y que agora por satisfazer a Mares quando no haces otro provecho alguno manifiestas la salida del sol con grandes clamores y cantos.

GALLO.—Es la verdad todo eso que se cuenta, mas lo que yo agora quiero dezir otra cosa es; muy poco tiempo ha que yo fuy transformado en gallo.

MICILLO.—¿De que manera es eso ansi; porque lo deseo mucho saber?

(1) Sic, por Mercurio.

GALLO.—Dime, Micillo, ¿oyste algun tiempo de vn Pitagoras sabio?

MICILLO.—¿Acaso dizes por vn sofista encantador el qual constituyó que no se comiesen carnes ny abas, manjar muy suave, para la despedida de la mesa, y aquel que presvadio a los onbres que no ablasen por cynco años?

GALLO.—¿Pues sabes tambien como Pitagoras abia sido Eufurbio?

MICILLO.—Yo no sé mas sino que dizen queste Pitagoras abia sido vn hombre enbaydor que azia prodigios y encantamientos.

GALLO.—Pues yo soy Pitagoras, por lo qual te ruego que no me maltrates con esas enjuryas, pues no conoscyste mis costumbres.

MICILLO.—Por cierto esto es mas milagroso ver vn gallo filosofo; pues decláranos, buen yjo de Menesarca, qué causa fue la que te mudó de onbre en ave, porque ny este acontecimiento es verisimile ni razonable creer, é ademas por aver visto en tí dos cosas muy ajenas de Pitagoras.

GALLO.—Dime quales son.

MICILLO.—Lo vno es verte que eres parlero y bullicyoso, mandando el que por cynco años enteros no ablasen los onbres; lo otro contradize á su ley porque como yo no tubiese ayer que te dar de comer te eché vnas abas y tú las comiste con muy buena voluntad, por lo qual es muy mas necesario que mientas tu en dezir que seas Pitagoras; que si eres Pitagoras tú le has contradizeido pues mandaste que se abya de huyr de comer las habas como la misma cabeça del padre.

GALLO.—¿No has conocido ¡oh Micillo! qué sea la causa de aqueste acaescimiento que quiple para qualquier género de vida? entonces quando era filosofo desechaba las habas; mas agora que soy gallo no las desecho, por serme agradable manjar; mas si no te fuere molesto, oyeme é dezirte he cómo de Pitagoras comence a ser esto que agora soy, anque hasta agora he sido transformado en otras muchas diversas figuras de animales; dezirtelo he lo que me acaescyo en cada vna por si.

MICILLO.—Yo te ruego me lo quentes porque a mi me será muy sabroso oyrte é tanto que si alguno me preguntare cuál queria mas, oyrte a ti ó bolver aquel dichoso suen-

no que sonnava astaqui, juzgarya ser yguales los tus sabrosos quentos con aquella sabrosa posesion de riquezas en que yo me sonnava estar.

GALLO.—Tú tambien me traes a la memoria lo que en el suenno biste como quien guarda vn as vanas ymajinaciones, tu fantasia te regozijas de vna vana felicydad.

MICILLO.—Mas sé cyerto que m'es tan dulce este suenno que nunca del me olvydaré ni de otra cosa más me quiero acordar.

GALLO.—Por cierto que me muestras ser tan dulce este suenno que deseo saber qué fue.

CAPITULO III

Que quenta Micillo lo que le sucedio en el conbite del rico Everates.

MICILLO.—Yo te [lo de]seo contar porque me es muy sabroso dezirlo y acordarme dél; mas dime tú, Pitagoras, ¿quando me contarás estas tus transformaciones?

GALLO.—Quando tú, Micillo, acabares de contarme lo que te acontecyo en la cena y me dixeres tu suenno, porque te lo deseo saber.

MICILLO.—Bien te acordarás que no comi ayer ninguna vez en casa, porque topan dome ayer aquel rico Eberates en la plaza me dixo que labado y polido me fuese con él a comer.

GALLO.—Bien me aquerdo, porque yo en todo el dia no comi, asta que viniendo tú a la noche bien arto, me distes vn as cynco abas, por cyerto esplendida cena para gallo el qual en otro tiempo fue rey y poderoso peleador.

MICILLO.—Pues entonces yo me eché a dormir quando te di las abas; luego me dormi é comence a sonnar en la noche vn suenno mas sabroso quel vno, netar ny anbrosia.

GALLO.—Pues antes que me quentes el suenno ¡oh Micillo! me quenta todo lo que paso en la cena de Eberates, porque me plazerá ny tanpoco te pesará a ti si agora quisieres, contandome todo lo que comiste, rumiarlo como entre suennos.

MICILLO.—Yo pienso serte enojoso si lo que allí pasó te contase, mas pues tú lo de-

seas saber, yo huelgo de te lo dezir porque nunca asta agora he sido conbidado de algun ryco, ¡oh Pitagoras! é sabras que ayer rejido con buena fortuna me topé con Eutratas (1) y saludandole como yo lo tenia en costunbre, encobryame quanto podia por verguença que no byese my capa despedaçada, y dizeme él: Micillo, oy celebros el nascimiento de vna hija mía, he conbidado á muchas personas para comer é cenar; é porque me dizen que vno de los conbidados está enfermo é no puede venir, vente tú en su lugar y haz de manera que por ser festibal el conbite vayas polido é ataviado lo mejor que pudieres é comeras allá si acaso si aquel faltare, porque avn lo pone en duda. E como yo oí a Hencrates adolele y fume (sic) rogando a Dios todopoderoso, porque tubiese hefeto my felicedad, diese aquel henfermo en quyo lugar yo habia de ocupar la silla en el conbite algun frenesi o modorylla o dolor de costado o gotata (sic) de tal manera que le yziese quedar en su casa y no fuese allá. Pues myentras llegaba la ora de la cena yo me fui al baño y me labé y este tiempo se me yzo vn siglo o vna gran edad, más quando fue el tiempo llegado voy-me solycy[to] lo mejor que yo pude ataviado, puesta mi pobre capa de la parte más linpia y que sus agujeros menos se parescyesen; allegando a las puertas hallo otros muchos onbres, entre los quales veo que cuatro moços traen sentado en vna silla aquel enfermo en quyo lugar yo era conbidado é benia el mismo manifestando traer gran enfermedad, porque jemia muy doloroso y tosia y escopia muy asquerosamente; venia amaryllo é ynchado; era viejo de más de setenta años y dezian ser vn filosofo que lee en esquelas y aze cancyones en pablyco; traya vn as vistiduras muy yploclicas, y como Archebio el medico le vio y qu'era alli conbidado le dixo: señor, mejor fuera que os quedarades en vuestra casa estando tan enfermo que salir agora acá; el qual respondió: no es razon que Daron filosofo quebrante a su amigo la palabra avnque esté enfermo de qualquiera enfermedad. E dixeyo: mas veo, sennor Tromopol, que ansi se

(1) En Luciano el nombre del rico es Eucrates. Su imitador lo escribe con la diversidad que se verá en el texto, si ya esta variedad de formas no es descuido del copista.

llamava el filosofo, que olgara Anocrates que os muryerades en vuestra casa y cama en el servicio de vuestros qryados que no venirle a ocupar el conbyte con hambrientos, y que si acierta aqui a salirseos el anima, que le parece segun venis que no podeys mucho durar. El filosofo, como su yntencion era padecer qualquiera muerte o ynjurja por comer de fiesta para satisfazer a su glotonia, disimuló el donayre que le dyxe con mucha gravedad, y estando en esto vino a nosotros Encrates y mirando por el filosofo podrydo dixo: buen Temospol, muchas gracias te doy por aver venido con esta tu enfermedad al conbite, puesto caso que aunque no binieras no se te dexara de enbiar todo el conbite por orden a tu posada; sien tate é comeras; é como yo oi que los moços le metian adentro para le asentar a comer, muy triste comienzo á maldezir su flaca enfermedad, pues no le bastó a destruyr, y muy amarillo de afrenta de mi desventura, pues pense cenar mejor, dispuseme para salir de la sala del conbite para conplir la condicyon con que Encrates me abia conbidado, é comenceme a deleznar con alguna pesadumbre, mostrandome al vespede cada vez que bolbia la cara á mi, y casi con my rostro amaryllo le dezia: voyme a mi pesar. Tambien me enojaba más ver que en toda la mesa no avia sylla vazia para mí, porque estaban puestas en derredor en numero yqual con los conbidados; en fin como Encrates me bio tan triste y me yva, alcançóme casi á la puerta y dixome: tú, Micillo, buelbe acá é cenarás con nosotros, y mandó á vn yjo suyo que se entrase a cenar con las mujeres y me dexase aquel lugar. Pues como poco antes me yva triste y desventurado, buelbo luego muy alegre con mi prospero suceso; como ninguno se quiso sentar junto al hanbriento filosofo por no le ver toser, viendo aquella sylla va[cia] que estava enfrente dél fuime ally asentar de lo qual mucho me pesó; luego començo la cena; ¡oh Pitagoras! qué opulento comer, qué fertylidad de manjares, qué diversidad de vinos, qué copiosidad de guisados, de salsas y especya, é quién te lo bastase a contar; cuánto vaso de oro; plateles, copas y jarros eran todos de oro; los pajes muy dispuestos y muy bien atabyados; abia cantores que nunca dexaban de cantar; abia dibersos ynstru-

mentos de musica que azian muy diversos ynstrumentos de melodia y muchos que dançavan y bailavan muy gracyosamente; en suma toda la fiesta pasó en mucha curyosidad, sino que tenia yo vn contrapeso que me tercyaba el plazer, y era que aquel maldito viejo de Tresmopoles el qual con su tos y esquipir me ynchia tanto de asco que yo no podia comer si la anbre no me ayudara, y por otra parte no me dexaba tener atencion a la musica porque me fatigava con disputar conmigo quistiones de filosofia, preguntandome qué sentia de Juan de voto a Dios con que espantan los ninnos las amas que los qrian; afirmome con grandes juramentos que abia sido su conbidado y que le diera vna blanca de aquellas cynco que con sygo suele traer, la qual dixo que tenia en gran veneracion y despues quisome matar sobre presbadirme con mucha ynstancia que cuando era de dia no era de noche y quando era noche no era de dia. En estas y en otras vanidades me molia, hasta que llegado el fin de la cena, que quisiera yo ver antes su fin de aquel traidor por que el gozo de tanto bien me estorbaba. Ya as oido ¡oh Pitagoras! lo que en la cena pasó.

GALLO.—Mucho me ha parecido bien tu buena fortuna; mas no puedo estar en mi, de enojado de aquel malaventurado filosofo é con quantas importunaciones estorbaba plazer tan sabroso.

CAPITULO IV

Que pone lo que soñaba Micillo, y lo que da a entender del sueño; cosa de gran sentencia.

MICILLO.—Pues oye agora, que no me seria menos gracioso contartelo. Soñaba yo quel rico Everates era muerto y sin hijo alguno que le heredase y que me dejaba en su testamento como hijo que le hubiese de heredar; y asi yo aceté la herencia y fui allá y comence a tomar de aquella plata y oro aquellas ollas que se acababan de sacar debajo de tierra; tenia alrededor de mí tanto de tesoro que no pensaba ser yo el que antes solia coser zapatos; ya cabalgaba en muy poderosos caballos y mulas de muy ricos jaeces y muy acompañado de gente me iba a pasear; todos me hacian

gran veneracion; hacia muy esplendidos convites a todos mis amigos y deleitabame mucho en ver aquel servicio con vasos de oro y plata; y estando en estas prosperidades veniste con tu voz a mí despertar, que me fue mas enojoso que si verdaderamente todo lo perdiera, y deseaba soñar veinte noches á reo sueño tan deleitoso para mí.

GALLO.—Deja ya, mi buen Mida, de más fabular del oro con esa tu insaciable avaricia; ciego estás, pues solamente pones tu bienaventuranza en la posesion de mucho oro y plata.

MICILLO.—¡Oh mi buen Pitagoras! parécete que seré yo solo el que lo suele afirmar; pues aun creo yo que si verdad es lo que dices que te has transformado en todos los estados de los hombres, que podrias decir quanto más deleite rescebias cuando del mendigar descapado, o cuando poseias grandes riquezas y andabas vestido de oro y te preciabas de hacer grandes prodigalidades distribuyendo tu posicion y no es ahora nuevo consentir en el oro nuestra felicidad, pues abasta la esperanza de lo haber para dar animo al cobarde, salud al enfermo.

CAPITULO V

Pone a quantos peligros se ponen las personas por adquirir riquezas y lo que dello les sucede y si es lícito o no.

MICILLO.—Dime agora quantos son los que menos preciada su vida y pospuesta la seguridad de vivir se disponen a salir de sus propias tierras donde son nacidos y criados, y desamparados sus padres y parientes, no estimando el sosiego de su anima, se ponen en el mar de las tempestades ciertas a mal comer y mal beber, a peligro de morir cada hora en manos de sus enemigos, para pasar a las Indias por adquirir las inciertas riquezas del oro, por gozar de la felicidad de lo poseer, y despues de pasados diez años en las Indias o en otros semejantes lugares a cuántos peligros se disponen por lo ganar de aquella gente barbara y sin fe ni sin ley, quanto animó con arte uno solo a docientos de aquellos solo por ver entre las piedras el oro relucir; y aun despues de haber pasados todos estos

peligros plugiese a Dios fuese licita su posesion porque no sé yo con qué color pueden ellos tomar aquella gente el oro que poseen; y a fin si fuesen a lo cavar de las venas de la tierra y con su propio trabajo y sudor lo procurasen adquerir descubriendo las minas donde está, aun con justo título lo podrían tomar, no haciendo cuenta si era nescesario de lo tomar a su rey por estar en su territorio y juridicion, porque no quiero agora dudar si posean los reinos con razon ni los extraños se los puedan tomar; bien sé yo que por vedar ellos que se les predique el Evangelio de Dios les podemos hacer guerras y todo lo demas; en suma todo lo puede el dinero; las peñas quebranta, los rios pasan en seco; no hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no lo suba; ¡oh, qué bienaventuranza es el tener que dar; qué miseria es el contino rescebir; las riquezas conservan los amigos, allegan los parientes, adquieren quien de vos diga bien; todos le saludan, todos le llaman al rico señor, y si pobre es, de todos es desechado y aborrescido de contino; quel pobre os hable, ois pensando qué os quiere pedir; en conclusion siempre oi decir quel oro mandaba todas las cosas criadas; mas dime, Gallo, por qué te ries.

GALLO.—Riome porque tú tambien, Micillo, estás en la misma necedad que está el inorante vulgo en la opinion que tienen los ricos; pues creeme a mí, que muy má trabajada y desventurada vida pasan ellos que vosotros, y hablo esto por saberlo como lo sé muy bien porque yo soy inspirimentado en todas las vidas de los hombres; en un tiempo fui rico y en otro pobre como ago agora; si esperas lo oirás.

MICILLO.—Pues, por Dios, que es razon que tú nos cuentes como fuese transformado y qué has pasado en cualquier estado de tu vida.

GALLO.—Pues oyeme y ten por prosupuesto que en toda mi vida nunca yo vi estado de hombre mas bienaventurado quel tuyo.

MICILLO.—Yo te ruego que me enseñes mi bienaventuranza y cuenta desde qué fuese nascido hasta ahora que eres ga'lo y como fuese en cada uno transformado y qué te acaesció en cada una de tus transformaciones, porque necesariamente parece que han de ser cosas diversas y notabres

CAPITULO VI

Como cuenta que fue Euforbio y da a entender a su amo qué había sido hormiga.

GALLO.—No es necesidad que te diga agora cómo Apolo trujo mi ánima a la tierra y la invistió de cuerpo humano porque sería muy prolijo al contar, ni debes tú saber más de que al principio vine á ser Euforbio y vine a defender los muros de Troya contra los griegos.

MICILLO.—Dime ¡oh preclaro varon Pitagoras! qué fui yo antes que fuese Micillo y si hubo en mí la misma conversion?

GALLO.—Sabras que tú fueste una hormiga de las Indias de las que cavan oro para comer.

MICILLO.—¡Oh, desdichado de mí! ¿por qué no traje yo acá un poco de lo que me sobraba allá, para salir desta miseria? pues dime, Gallo, en qué tengo de convertirme despues de que deje de ser Micillo?

GALLO.—Eso yo no lo sé porque está por venir; mas volviendo á mi propósito, como al principio de mi ser yo fuese Euforbio y pelease ante los muros de Troya maté Menelao y dende á poco tiempo vine á ser Pitagoras; por cierto vine á vivir sin casa ni techo donde pudiese posar hasta que Menesarca me la edificó.

MICILLO.—Ruégote que me digas, ¿hacias vida sin comer ni beber?

GALLO.—Por cierto no usaba de más de lo que al cuerpo le podia bastar.

MICILLO.—Pues primero te ruego me digas lo que en Troya pasó y lo que viste siendo tú Euforbio, por ver si Homero dijo verdad.

GALLO.—¿Cómo lo podia él saber, pues no lo vio? que cuando aquello pasaba era él camello en las Indias; una cosa quiero que sepas de mí; que ni Ajax Telamon fue tan esforzado como lo pinta Homero ni Helena tan hermosa porque ya muy vieja era, casi tanto como Hécuba, porque esta fue mucho antes robada de Teseo en Anfione; ni tampoco fue tan elegante Archiles (*sic*) ni tan astuto Ulises, que en la verdad fabula es y muy lejos de la verdad, como suele acaecer que las cosas escritas en historias y contadas en lejos (*sic*) tierras sean muy mayores en la fama y mas elegantes

de lo que es verdad. Esto te baste de Euforbio y de las cosas de Troya.

CAPITULO VII

Que siendo Pitagoras lo que le acaesció.

GALLO.—Vengo a contar lo que siendo Pitagoras me acaesció y porque cumple que digamos la verdad, yo fue en suma un sofista y no nescio, muy poco ejercitado en las buenas disciplinas, é acordé de me ir en Egipto por disputar con los filosofos en sus altas ciencias, con los cuales deprendí los libros de la diosa Ceres la qual fue inventadora de la astrología y primera dadora de leyes, y despues volvíme en Italia, donde comenze a enseñar a los latinos aquello que deprendí de los griegos y de tal suerte doctriné que me adoraban por Dios.

MICILLO.—Ya yo he oido eso y cómo de los italos fueste creido; mas dime agora la verdad; ¿qué fue la causa que te movió que constituyeses ley que no comiesen carne ni habas ningun hombre?

GALLO.—Aunque tengo vergüenza de lo decir, oirlo has, con tal condicion que lo calles; yo te hago saber que no fue causa alguna ni cosa notable ni de gran majestad; mas miré que si yo enseñaba cosas comunes y viejas al vulgo no serian de estimar; por tanto acordé de inventar cosa nueva y peregrina a los mortales porque más conmoviese a todos con la novedad de las cosas de admiracion; así yo procuré de inventar cosa que denotase algo, mas que fuese a todos incónita su interpretacion y en conjeturas hiciese andar a todos atónitos sin saber qué quería decir, como suele acaecer de los oráculos y profecías muy oscuras.

MICILLO.—Dime agora, despues de que dejaste de ser Pitagoras, ¿en quién fuistes transformado y qué cuerpo tomaste?

CAPITULO VIII

Como siendo Pitágoras fue transformado en Dionisio rey de Sicilia y lo que por mal gobernar se sucede.

GALLO.—Despues sucedi en el cuerpo de Dionisio rey de Secilia.

MICILLO.—¿Fueste tú aquel que tuvo por nombre Dionisio el tirano?

GALLO.—No ese, mas su hijo el mayor.

MICILLO.—Pues di la verdad, que tambien fueste algo cruel y aun si digo mas no mentiré; tú ¿no mataste a tus hermanos y parientes poco a poco porque temías que te habian de privar del reino? bien sé que sino te llamaron el tirano fue porque en el nombre difrieses de tu padre; basta que te llamaron siracusano por las crueldades que hiciese en los siracusanos; dime la verdad, que ya no tienes que perder.

GALLO.—No te negaré algo de lo que pasó desde mi niñez, porque veas el mal reinar a qué estado me vino á traer. Yo fue el mayor entre los hijos de mi padre y como el reinado se adquirió por tirania no sucedimos los hijos herederos, sino trabajabamos ganar la gente del pueblo que nos habia de favorecer, y así yo procuré quanto a lo primero haber a pesar de mis hermanos los tesoros de mi padre, con los cuales como liberal distribuí por los soldados y gente de armas, que habia mucho tiempo que mi padre los tenia por pagar, y despues por atraer el pueblo a mi favor solté tres mil varones que mi padre tenia en la carcer muy miseramente atados porque no le querian acudir con sus rentas y haciendas para aumentar sus tesoros y solteles el tributo por tres años a ellos y a todo el pueblo. Mas despues que fue elegido de los ciudadanos y comarcanos, ¡oh Micillo! vergüenza tengo de te lo decir.

MICILLO.—Dimelo, no tengas vergüenza de lo contar a un tan amigo y compañero tuyo como yo.

GALLO.—Comence luego de seguir la tirania y porque tenía sospecha de mis hermanos yo los degolle y despues los quemé a ellos y a mis parientes y aquellos mayores de la ciudad, que fueron mas de mill, y despues dobléles el tributo fingiendo guerras con las cercanas provincias y grandes prestamos; mi intencion era aumentar tesoros para defender mi misera vida; deleitabame mucho en cortar cabezas de los mayores y en robar haciendas de los menores; hacia traer ante mí aquellas riquezas; deleitabame en verlas; en fin, todo este mi deleite se me convertio en gran trabajo y pesar, porque como el pueblo se agraviase con estas sinrazones, conspiraron contra mi y por defenderme retrajeme a la fortaleza con al-

gunos que me quisieron seguir. Ya estando allí cercado, yo aun quisiese usar de crueldad porque inviandome embajadores de paz los prendí y los maté y plugo á Dios que por mi maldad fue echado por fuerza de allí y fueme acoger con los lucreses, que era una ciudad sujeta a Siracusa, y ellos me rescibieron muy bien como no sabian que yo iba huyendo; yo como hombre habituado a las pasadas costumbres comence a robar entrellos (*sic*) lucreses las haciendas de los ricos, tomando las mujeres hermosas á sus maridos y sacando las encerradas doncellas que estaban consagradas a los templos, y robaba los templos de todos los aparejos de oro y plata que habia para los sacrificios, y con estas obras vinieron los lucreses a enojar de mí; ¡oh omnipotente Dios! y qué trabajo tenía en conservarme en la vida; ¡cuán temeroso estaba de morir! ni osaba beber en vaso, ni aun comer ni dormir, porque en lo uno y en lo otro temia que me habian de matar; ¿qué más quieres, sino que te doy mi fe que con un carbon ardiendo me cortaba la barba por no me fiar de la mano y navaja del barbero, y trabajé por enseñar el oficio de barbero, a unas dos hijas que yo tenia, porque me quemaba con el carbon que no lo podia ya sufrir? Despues que por seis años pasé estos trabajos, no me pudiendo sufrir los lucreses echaronme por fuerza de la tierra, y sintiendo en paz a Siracusa volvíme para ella, y como de ahí algunos dias yo volvíese a ser peor me venieron a echar de la tierra jion (*sic*) é yo desventurado, corrido y afrentado, sin poderle resistir me fue (1) en Corintio destruido por me guarescer; aquí vine a vivir en mucha miseria demandando á mis amigos y enemigos por limosna el mantinimiento é no lo querian dar, a que vine a vivir en mucha miseria y tanta necesidad que no tenia una capa con que me defender del frio; en fin, yo me vi aquí en extrema miseria, tanto que me vine a enseñar mochachos a leer y escribir porque de aquel salario me pudiese mantener.

MICILLO.—Mas antes yo he oido decir que lo hacias por ejercitar tu crueldad castigando los mochachos con continas discipli-

(1) En este diálogo está usado *fue* innumerables veces en el sentido de *fui*.

nas, y eras tan extremadamente cruel que dicen de ti que en Siracusa una bieja de muy grandísima edad rogaba a los dioses continuamente por ti que te dejaras vivir por muchos años, y preguntando porqué lo hacia, pues toda la cibdad blasfemaba de ti, respondió que había visto en su vida larga muchos señores tiranos en aquella ciudad y que de continuo sucedía otro tirano peor y que rogaba a los dioses que tú vivieses mucho, porque si acaso había de suceder otro tan malo y más peor, que a todos mandaría quemar juntamente con Siracusa.

GALLO.—¡Oh Micillo! todo me lo has de decir, que no callarás algo; bien has visto el trabajo que tienen los hombres en el mundo en el reinar y regir mal las provincias tiranizando los subditos; mira el pago que los dioses me dieron por mi mal vivir; y si piensas que más descanso y contento tiene un buen rey que con tranquilidad y quietud gobierna su reino, engañaste de verdad, porque visto he que viven sin algun deleite ni placer; piensa desde los primeros justos gobernadores de Atenas é de toda Asia, Europa, Africa y hallarás que no hay mayor dolor en la vida de los hombres quel regir y gobernar. Si no, preguntalo a Asalon (Solón) el cual decía que tanto cuanto más trabajaba por ser buen gobernador de su republica tanto y más trabajo y mal añadía; pero si consideras tú cuán gran carga echa acuestas el que de republica tiene cuidado y aquel que bien ha de regir las cosas, piensa que no tiene de pensar en otra cosa en todos los dias de su vida, sin nunca tener lugar para pensar un momento en su propio y privado bien, con cuánta solicitud procura que se guarden y esten en su vigor y fuerza las leyes quel fundó y no firmó; con cuánto cuidado trabaja que los oficiales de su republica sean justos, no robadores, no cocheros ni soscadores de las haciendas de los miseros de ciudadanos y qué continua congoja tiene, considerando que está puesto sobre el pueblo por propio ojo de todos con el cual todos se han de gobernar, como piloto de un gran navio en cuyo descuido está la perdición de toda la mercadería y junto en el flete del navio va, y tienen gran cuidado en ver que si en el menor pecado o vicio incurre, a todo el pueblo lleva de sí; de otra parte le

combate su mucha libertad, y su mando y señorío para usar del deleite de la lujuria, del robar para adquirir tesoros, vendiendo synos (*sic*) preturas y gobiernos para personas tiranas que le destruyan los vasallos é suditos, lo cual huye el buen principe poniendo cualquiera interese; ¿pues qué soberano trabajo es sufrir los adúlteros y lisonjeros que por servirles le cantan moviendo al buen rey con loores que claramente ves que en sí mismo no los hay; pues, ¿qué afrenta rescibe cuando le canta en sus versos: hice escaramuzas notables, si nunca entró en batalla ni pelea, y cuando le procura importunar trayendo a la memoria la genología de sus antecesores, de cuya gloria, él como buen rey no se quiere preciar, sino de su propia virtud? Alleganse a esto los odios, las invidias, las murmuraciones de los menores, de las guerras, disenciones y desasosiegos de sus reinos, que todo ha de caer sobre él y sobre su buena solicitud; pues allende desto qué trabajos se ofrecen en las encomiendas de las capitánias y de los oficios del campo, de oír las quejas de los miseros labradores que los soldados les destruyen sus mieses y viñas y les roban su ganado, que no basta mantenerlos de balde, mas que les toman por fuerza las mujeres y hijas y sin les poder defender de todo esto. ¿Di, Micillo, el buen rey que sentirá, con qué sosiego podrá dormir, con qué sabor comer é qué felicidad ó deleite piensas que puede tener? Pues ¿qué te contaré de los caballeros y escuderos y continos que comunican en casa del rey y llevan salarios en el palacio real, a los quales como en el mundo no sea cosa más baja ni más enojosa ni desabrida ni más trabajosa ni aun más vil quel estado del siervo, ellos se precian de serlo, con decir que tratan y conversan con el rey y que le veen comer y hablar y por esto se tienen por los primeros; en todos los negocios y horas con una sola cosa son contentos, sin tener invidia de alguno, y tratando ellos la seda y el brocado y las piedras preciosas menos pueden y curan de todos los buenos estados del vevir y de la virtud que engrandece los nobres y este dejan por otros, diciendo que les sea cosa muy contraria el saber; en esto solo se tienen por bienaventurados en poder llamar amo al rey, en saber saludar a

todos conforme al palacio y que tienen noticia de los títulos y señores que andan en la Corte y saben a cuál han de llamar ilustré, a cual manífico, a cual serenísimo señor; precianse de saber bien lisonjear, porque esta es la ciencia en que más se ha de mostrar el hombre del palacio. Pues si miras toda la manera de su vivir en qué gastan el tiempo de su vida, ¡oh qué confusión y qué trabajo y qué laberintio de eterno dolor! oyémelo y cree que lo dirá hombre expirimentado y que todo ha pasado por mi sudor hasta el medio dia porque se fueron acostar cuando queria amanescer; luego mandan que esté aparejado un asalariado sacerdote que muy apriesa sacrefique a Dios junto a su cama a la hora de medio dia y despues comen a vestir con mucho espacio con todas las pesadumbres y polidezas del mundo y a la hora de las visperas van a ver si quiere comer el Rey; ¡oh qué hacen en palacio! dispónense a servir a la mesa; a la hora que ni entra en sabor ni en sazón se van ellos á comer frio y mal guisado y luego á jugar con las rameras ó acompañar al Rey doquiera que fuere; venida la hora de la cena tornan al mismo trabajo y despues que á ellos les dan de cenar, a la media noche vuelven al juego y si juega el Rey ó Principe o otro cualquiera que sea su señor, estan allí en pie hasta que hartó su apetito de jugar se quieren ir á dormir cuando quiere amanescer. Pues las camas y posadas de la gente de palacio, ¿quién te las pintará? cada dia la suya y tres o cuatro echados en una, unos sobre arcas é otros sobre cofres tumbados. En cuanto se debe estimar; ¡oh vida de más que desesperados! ¡oh Purgatorio de perpetuo dolor! Pues entre estos anda un género de hombres malaventurados que no los puedo callar; su nombre es truanes chucarreros, los quales se precian deste nombre y se llaman ansi y pienso que en los decir su trabajo no merezco culpa si a[ca]so no me erré. Estos para ser estimados y ganar el comer se han de haber bobos o infames para sufrir cualquier afrenta que les quisieren hacer; precianse de sucios borrachos y glotonos; entre sus gracias y donaires es descubrir sus partes vergonzosas y deshonestas á quien las quiere ver; sin ninguna vergüenza ni temor nombran muchas cosas

sucias las cuales mueven al hombre á se recoger en sí; sirven de alcahuetes para pervertir á las muy vergonzosas señoras y doncellas y casadas y aun muchas veces se desmandan a tentar las monjas consagradas a Dios. Su principal oficio es lisonjear al que tiene presente porque le dé y decir mal de la gente publicando que nunca le dio; y en fin de todos dicen mal porque otra vez tienen aquel ausente. Esta es su vida, este es su oficio, su trato y conversacion y para esto son hábiles y no para mas; de tal suerte que si les vedase algun principe esta su manera de vivir por les rescatar sus ánimas, no sabrian de qué vivir ni en qué entender, porque quedarian bobos, necios, ociosos, holgazanes, inutiles para cualquier uso y razón, inorantes de algun oficio en que se podiesen aprovechar, en este género de vanidad, trabajando hechos pedazos por los palacios tras los unos y los otros confusos sin se conoscer y al fin todos mueren muertes viles e infames; que estos mismos que les hicieron mercedes los hacen matar porque en su malaventurado decir no les trató bien. Dejémoslos, pues pienso nuestra reprehension poco les aprovechará; sola una cosa ¡oh Micillo! podemos de aqui concluir; que en la vida y ejercicio destes necios bobos malaventurados no hay cosa que tenga sabor de felicidad, mas gran trabajo y peligro y desventura para si.

MICILLO.—¡Oh! Euforbio, ¡oh! Pitágoras, ¡oh! Dionisio, que no sé como te nombre, qué admirables cosas que me has contado en el trabajo de mandar reinos y provincias, a tanto que me has hecho conceder que no hay estado mas quieto quel mio, pues en los reyes y los que comunican en el palacio real donde parece estar la bienaventuranza está tanto trabajo y desasosiego de cuerpo y de ánima que casi no parezcan vivir. Dime agora porque me place mucho saber mas; despues que fueste Dionisio ¿qué veniste á ser?

CAPITULO IX

Que pone como fue transformado de Dionisio en Epulon el rico y quanto trabajo tiene uno en ser rico y lo que le sucedio.

GALLO.—Mira, mi amo Micillo, yo no hago caudal en el nombre, llámame como mas